

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 21 de Marzo

Núm. 11

Año XII. No. 531

## SUMARIO

La renuncia de Rivadavia.....	Arturo Capdevila	El señor Menéndez Pidal y el Premio Nóbel.....	M. Fernández Almagro
Eurípides (5).....	Sir Gilbert Murray	Glosas.....	Jorge Mañach
Campo.....	Eugenio Florit	Apreciaciones.....	Varios autores
Gissing mete su cuchara en la olla podrida de los Libros de Lectura.....	Persiles	Un periodista americano independiente.....	Germán Arciniegas
Bibliografía titular.....		Cuidado si se nos va de las manos el muelle de Puntasrenas!.....	Juan del Camino
El premio Nóbel a Menéndez Pidal.....	Luis de Zulueta	Tablero (1931).....	

## La renuncia de Rivadavia

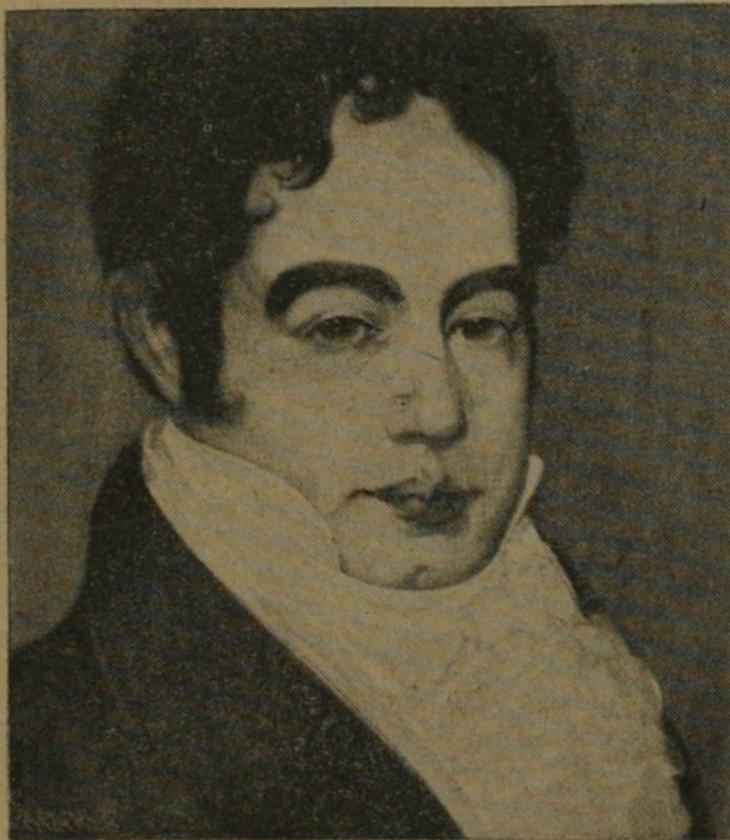
= De La Prensa, Buenos Aires, =

Después de haber leído tanto viente decreto de Rivadavia—los más vivientes decretos que se hayan dictado en el país—tenemos que leer ahora la página yerta de su renuncia, la hoja seca de su caída, ¿Página yerta? ¿Hoja seca? Lo veremos después. Mas, por de pronto, aquí está: «Departamento de Gobierno. Buenos Aires, junio 27 de 1827. Cuando fui llamado a la primera magistratura de la República por el voto libre de sus Representantes...»

Muy bien. La Argentina fué invitada entonces a una grandeza sin par; y los rivadavianos creemos que hubo de serlo precisamente por órgano y voz de Rivadavia. Llegamos a suponer, inclusive, que podríamos contar a esta altura de la historia y del destino con una Argentina muy parecida en poderío y en desarrollo material a los Estados Unidos, sólo de haber prosperado a tiempo las ideas políticas y los principios económicos del grande hombre.

Pero Rivadavia debió alejarse, y medio siglo tardó la República en admitir y practicar lo esencial de su pensamiento político. En cuanto a las lógicas derivaciones de su pensamiento económico, nada anuncia un próxima adaptación. Al menos, en lo tocante a la enfiteusis, han pasado más de cien años desde que su gobierno la propusiera para movilizar la tierra pública. Sobrevino Rosas y ésta volvió a ser lo que siempre fué: maleza y breña entre las manos fiscales, cuando no pasó a engrosar bajo el dominio privado, los latifundios inconmensurables. Culpa de no haberse escuchado la palabra de Rivadavia en cosa tan digna de escucharse y de cumplirse. A tal grado, que si hoy pudiese el prohombre reconstituir su vida, no acertaría con mejor ofrenda y presente para su patria que el de la reiteración de aquel mismo proyecto glorioso.

¿En dónde íbamos? «Cuando fui llamado a la primera magistratura de la República por el voto libre de sus Representantes, me resigné desde luego a un sacrificio que a la verdad no podía



Rivadavia

Por Ed. Alvarez.

menos de ser muy costoso al que conocía los obstáculos que, en momentos tan difíciles, quitaban al mando toda ilusión y obligaban a huir de la dirección de sus negocios».

Sin embargo, el cielo de la patria se iluminó de señales venturosas. No hubo una sola alma en Buenos Aires que no se ofreciese a la esperanza. Las Heras había dicho al entregar las insignias del poder: «La situación presente de los negocios abre un inmenso campo a la virtud y al genio». Todos reconocieron con cuánta justicia merecía Rivadavia esas palabras. Fué más adelante, al conjuro de esas fuerzas fatídicas que empezaron a moverse en las provincias feudales, cuando dió en decirse que Rivadavia no había sido el hombre de su tiempo. Ved lo que pasa ahora mismo con el caso de la enfiteusis. Hay quienes dicen que llegó con ella demasiado temprano; hoy le dirían que llegaba demasiado tarde. A lo cual se pregunta uno, ante el mapa de la esterilidad y del desierto, cuál será,

por Jesucristo vivo, en nuestro país, la hora de llegar a tiempo con una idea de grandeza y de gloria. Se acaba por no saber cómo tendría que hacer Rivadavia para que un día se le tolerase redivivo. Y no es mucho temer que como Clodoveo converso, se viese constreñido primero a quemar todo lo que antes adoró y a adorar todo lo que antes quemara, hasta hacer de él justamente un Anti-Rivadavia. Mientras tanto, la República está lejos de contar siquiera esos cuarenta millones de habitantes que ha tantos años hubiera sobrepasado, a buen seguro, bajo un régimen agrario—me limito si queréis al *ager publicus*—más decoroso y racional. Críticos hay de la historia y de las letras—filosofastros sobre todo—que acomodan su pensamiento, incluidas sus convicciones cívicas, al tenor del último boletín extranjero. Estos son los que creen que Rivadavia se levantó muy temprano y que nosotros los georgistas y rivadavianos andamos de trasnochada.

Pero sea. Madrugó Rivadavia: aceptado. Madrugó Rivadavia: sólo que mucho más de lo que se cree. La nacionalidad flotaba todavía en la hora del caos cuando él se dispuso a evocar entre las polvaredas de las vagas intenciones, la plena gloria de la patria futura. Sea también aceptado que Rivadavia no fué más que un pintor de espejismos; aunque yo quisiera saber qué hubiera sido de la patria sin este arquitecto de las nubes—aceptado—que adelantaba en el páramo, a modo de un Moisés, la imagen de la nación venidera. Quisiera saber en qué hubiese ido a parar la nacionalidad argentina sin «la aventura presidencial del señor Rivadavia», como es norma decir renegando con López. Lo cierto es que Rivadavia propuso genialmente las soluciones que al fin se adoptaron: capitalización de Buenos Aires, constitución ecléctica, presidencia nacional. Así dejó listos los planos de la nacionalidad. Si no hubiese sido él hubiera sido otro: aceptado. Pero fué él.

El mismo que en ese triste junio de 1827 decía: «Entré con decisión en la